

che amaba realmente lo que filmaba: cada personaje, cada silla, cada vaso, cada palabra pesaba (algo que pesa, debe narrarse). Filmaba las canciones enteras, como bloques tallados, y respetaba la misma solidez en el resto de las cosas, en todos los objetos. No hay experiencias reales sin objetos que pesan, cuerpos íntegros, hasta el desgarrro, tal vez, o su desaparición. Las autobiográficas películas de Eustache son directas, a veces ligeras y otras elegiacas, como las canciones populares, y su tono –como pedía Gil de Biedma citando a Auden– es el “de una persona directamente hablando a otra persona”. Se proyectan como se pone una canción en un disco, y nos afectan porque se recuerdan.

Y ahora que tantos realizadores quieren salir purificados por el cine (sin despertar nuestra incumbencia), qué decir de Eustache. El cine no le salvó, no salva realmente a nadie, tan sólo expone o sobreexpone. Eustache filmó, se desembarazó de su vida. Decía a sus amantes: “ver uno de mis filmes es lo mismo que verme”. Ni menos ni más, lo mismo, idénticos restos, las mismas escenificaciones

En *La mamá y la puta* lo volcó todo, y todo quedó estancado. Cada año que pasa, donde percibimos la revolución, o su herrumbre mejor, no es en los adoquines arrojados en el 68, vagos planos de juventud, sino en las lágrimas jadeantes de Veronika mientras mueve la cabeza, y ya no hay espacio para ella, o en el cuerpo de Léaud, cuanto más silencioso, más nervioso, como si sólo las palabras pudieran sostenerle, y desposeído de ellas sólo le quedará el extravío, el vómito, los fármacos, la erosión.

Cuando Eustache filmó la película sólo le quedaba la rabia contra su época: con su pegajosa combinación –como advirtió Moullet– de sentimientos de derecha y sexualidad de izquierda, *La mamá y la puta* se convirtió en el filme de una generación –en el sentido que genera algo en las generaciones venideras, algo de lo que se trabó, se desmenuzó, y que persiste–.

Un filme abrasivo, insostenible, de desamor, que disgrega su materia: gestos, voces, tics. Cada vez que lo veo, siento que se ha adueñado todavía más de esa materia, como si un filme pudiera ser más viejo en el sentido biológico, como un cuerpo que acumula historias de emociones.

En noviembre de 1981, Jean Eustache se pegó un tiro en el corazón. Antes, había colgado un cartel en la puerta de su habitación: “Golpee fuerte. Como para despertar a un muerto”. El cineasta más arcaico y materialista se había reservado para el final una frase digna de Lubitsch, al que tanto admiró.

Por una vez, no se resistió a imaginar una escena que no había visto: la de los que llegarían demasiado tarde. |

## Iconofilias

# Revolución ante el espejo

JORDI BALLÓ

Cada día, en Teherán, una mujer decide formalizar su disidencia. Es una decisión que toma ante el espejo, en casa, antes de salir a la calle. Esa mujer, como otros cientos de miles, se maquillará, decidirá el color de su pañuelo, la longitud de su vestido, su ropa interior, los mechones de cabello que le serán visibles, es decir, construirá el envoltorio de su cuerpo como una forma de rotunda expresividad, como ninguna otra mujer hará en el mundo. No es una cuestión de moda, sino un manifiesto de revuelta: el resultado final de este cuerpo moldeado supondrá una declaración abierta de oposición a las normas estrictas de los guardianes de la moral que patrullan por las calles.

Estos han dictado normas para hacer invisible a cada mujer, para apagar la singularidad de su cuerpo independiente. Pero la respuesta de cada mujer ante ello le da la vuelta a la prohibición. Todas las mujeres que han hecho de su cuerpo un estandarte consiguen que to-

## La mujer iraní hace de su apariencia una declaración de rebelión

do el mundo las mire, porque nada en ellas es anodino. Cada detalle es significativo y revolucionario. Una revolución larvada en el interior pero que emerge hacia el exterior. Y por ello es imbatible.

En el documental *El corte violen-*

to, presentado en el último Festival de Films de Dones, su directora Firouzeh Khosrovani expresa esta actitud con amarga lucidez: “Soy una mujer en cuyo cuerpo habéis escrito la ley de mi país”. En el filme describe la mutilación de los maniquíes femeninos, que aparecen en los escaparates sin brazos, con los pechos cortados, y con la mitad de su rostro. En otro momento de la película, Khosrovani describe un tic típico de las mujeres iraníes, siempre acomodando su pañuelo en la cabeza para que no se les caiga, como un gesto inducido por el temor. Pero este gesto no hace más que mostrar la dignidad de la fuerza interior, la que invita a mostrarse, como una preparación de la revuelta colectiva. |



**El voto en el cuerpo** La jornada electoral del 12 de junio en Irán se convirtió en un escaparate de la revuelta femenina. Cada votante llevaba en su exterior la tendencia de su voto. Fijémonos en estas tres mujeres, cada una con un grado distinto de disidencia. La más joven ha incluido unas gafas sobre el pelo; una forma de sujetarlo, de valorizarlo REUTERS / CAREN FIROUZ



**El maquillaje, las manos y el tic** La imagen de esta chica trascendió en varias portadas de prensa. Su vestuario supone un gran avance en la conquista del cuerpo visible, por la manera de tener las manos libres y la combinación de colores ligeros. Su amiga realiza el gesto típico de la mujer iraní, recolocando su pañuelo, en previsión de la represión EFE / ABEIDIN TAHERKENAREH



**Una larga lucha individual** Pese a los tonos grises, la mujer expresa igualmente una larga lucha disidente. El pañuelo estampado no deja lugar a dudas: hace tiempo que debió tomar la decisión de usar este tipo de prenda para cubrir parcialmente su pelo, expresando que es algo impuesto, una prenda sedosa bajo la que sobrevive su personalidad AP / BEN CURTIS



**Mujer real/mujer virtual** La chica con gafas, pañuelo, brazos al aire y colores vivos muestra la fotografía de ella misma en su pasaporte, vestida con la túnica y el color negro que rodea todo su rostro. Entre estas dos imágenes ha ocurrido una revolución individual, la que ha permitido a mujeres como ella romper la norma, a riesgo incluso de su seguridad AFP / ATTA KENARE



**Bajo el uniforme** La funcionaria sella los votos. Frente a su uniforme, una gran mayoría de mujeres que van a votar contraponen la singularidad de su cuerpo ataviado con todo lujo de detalles expresivos. De esta mujer sólo vemos una negrura triste y normativa. Pero olvidamos que su hábito es obligatorio por su cargo y que bajo su manto hay un dolor EFE / ABEIDIN TAHERKENAREH



**El cuerpo expresivo como icono** Una mujer iraní se manifiesta ante la embajada de su país en Ankara, una imagen que se reproduce en muchas otras ciudades del mundo. Todas las mujeres que se manifiestan van vestidas al estilo de sus compañeras del interior, reconociendo así el carácter simbólico –e icónico– de esta revuelta AP / BURHAN OZBILICI